HARLEQUIN

Deseo®

HERIDOS DE AMOR



Brenda Jackson

Prólogo

Tara Matthews odiaba las bodas.

Y había conseguido evitarlas hasta el momento en que conoció a la familia Westmoreland. Desde entonces, había asistido a dos bodas en un año y medio. Incluso había sido dama de honor cuando su buena amiga, Delaney Westmoreland, se casó con un jeque del desierto hacía casi dieciocho meses.

Y ese día, al igual que todos los invitados en el gran salón del hotel Sheraton de Atlanta, estaba allí para celebrar la boda del hermano de Delaney, Dare Westmoreland, con la mujer a la que amaba, Shelly Brockman.

Lo peor de todo, pensó Tara mirando a su alrededor, era que, realmente, no podía quejarse de haber tenido que asistir a ambas bodas. La familia Westmoreland se había convertido en lo más parecido a su propia familia desde aquel día fatal del mes de junio dos años atrás. Fue el día en que ella misma iba a casarse: permaneció de pie, delante del altar, mientras el hombre al que amaba, el hombre que ella creía que correspondía a su amor, anunció a los trescientos invitados que la ceremonia no podía celebrarse porque estaba enamorado de otra mujer, la dama de honor, la amiga de Tara desde hacía quince años. Ese mismo día, Tara se marchó

de Bunnel, en Florida, dolida y humillada, tras jurar a su familia que jamás regresaría.

Y, hasta el momento, había cumplido el juramento.

Unos días después del incidente, aceptó un puesto de pediatra en un hospital de Bowling Green, en Kentucky. Marcharse de su ciudad natal destrozó el sueño que compartía con su padre de trabajar juntos en la clínica pediátrica de éste.

En el hospital de Kentucky conoció a Delaney Westmoreland, otra pediatra, que se convirtió en su mejor amiga. También hizo amistad con cuatro de los cinco hermanos de Delaney, todos mayores que ella: Dare, Stone, y los mellizos Chase y Storm. Por el contrario, el primer encuentro con Thorn, el quinto hermano de Delaney, fue bastante desagradable y, desde entonces, ambos se evitaban. Thorn Westmoreland, de treinta y cinco años y un metro noventa de estatura, además de tremendamente guapo, era el último hombre en el mundo con el que quería tratar; sobre todo, teniendo en cuenta que cada vez que le veía no podía evitar pensar en velas, cuerpos desnudos y sábanas de seda.

–Voy al baño –le susurró a Delaney, que se volvió, asintió y le sonrió.

Tara le devolvió una sonrisa de complicidad, notando que la mujer que hablaba con Delaney no le estaba dejando pronunciar palabra. Se miró el reloj para ver cuándo podría marcharse dentro de un tiempo razonable. Después, salió al pasillo que daba a los baños.

Tara pensó en el hecho de que, en el plazo de un mes, iba a trasladarse a Atlanta. Había tomado

la decisión debido a que un médico casado y mayor que ella, con un puesto de dirección en el hospital, estaba obsesionado con llevársela a la cama; desde que le había rechazado, le estaba haciendo imposible la vida en el hospital. Para evitar una denuncia por acoso sexual, el hospital había decidido trasladarla a Atlanta.

Cuando salió del baño, Tara estaba metiendo el carmín de labios en el bolso, por lo que no advirtió la presencia del hombre que acababa de salir del baño de caballeros hasta que se chocó con él.

–Perdone. Estaba distraída y...

Se interrumpió al ver que el hombre con el que se había chocado era Thorn Wesmoreland, que parecía tan sorprendido de verla como ella de verle a él.

–Hola, Thorn.

–Hola, Tara.

–Perdona, no estaba mirando por donde iba.

Thorn, sin responderle, se la quedó mirando fijamente. Tara decidió no seguir esperando una respuesta y se dispuso a apartarse de él. Dio un paso e, inesperadamente, Thorn le agarró el brazo, deteniéndola. Ella miró la mano de Thorn y luego le clavó los ojos en el rostro con una significativa mirada.

–Puedes soltarme, Thorn.

Pero, en vez de soltarla, Thorn murmuró algo en tono gutural, unas palabras que a ella le resultaron parecidas a «Dudo que pueda».

Entonces, de improviso, Thorn bajó la cabeza y le capturó los labios con los suyos.

Lo primero que Tara pensó fue que debía presentar resistencia; después, una segunda idea se

apoderó de ella: quizá lo mejor fuera responder a su beso y, con ello, consiguiera quebrar el hechizo que Thorn ejercía sobre ella desde el momento en que se conocieron. Nunca un hombre le había atraído tanto, incluido Derrick Hayes, el hombre con el que había estado a punto de casarse.

Lo tercero que pensó fue que Thorn Westmoreland sabía besar. El contacto de aquella lengua con la suya la hizo estremecerse de pasión. Sintió algo poderoso y sobrecogedor. Gimió suavemente cuando él profundizó el beso.

Thorn le agarró las nalgas e, instintivamente, ella se aferró a aquel poderoso y excitado cuerpo. Cuando le rodeó el cuello con los brazos, Thorn arqueó la espalda, la levantó del suelo y la estrechó contra sí: muslo contra muslo, pecho contra pecho.

Por fin, cuando Thorn le soltó la boca y la volvió a dejar en el suelo, ambos respiraban entrecortadamente. Thorn continuó rodeándola con sus brazos y empezó a mordisquearle la garganta y la barbilla antes de volverse a apoderar de su boca con vehemencia.

Le chupó la lengua tierna, lenta y apasionadamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para hacerla enloquecer de pasión. Era como una descarga que le corrió por todo el cuerpo y la hizo gemir de un placer insospechado hasta entonces.

Cuando él interrumpió el beso una vez más, Tara se apoyó débilmente en su pecho pensando que, en su veintisiete años de vida, nadie la había besado así nunca.

Poco a poco, recuperó la razón y le sintió apar-

tar las manos de ella. Tara le quitó las manos de los hombros y, al mirarle a los ojos, vio ira en ellos. Al parecer, Thorn estaba enfadado consigo mismo por haberla besado, y enfadado con ella por habérselo permitido.

Sin pronunciar palabra, Thorn se dio media vuelta y se marchó. No miró atrás. Y, cuando él desapareció de su vista, Tara respiró profundamente, aún sintiendo la pasión de aquel beso.

Nerviosa, se humedeció los labios y se esforzó por recuperar la compostura, más decidida que nunca a continuar evitándolo como si fuera la peste.

Dos años atrás había aprendido una dura lección: el amor y la felicidad no eran para ella.

Capítulo Uno

Tres meses después

Tenía un cuerpazo como para morirse, y Thorn Westmoreland estaba a punto de morir ante tal visión.

Esbozó lentamente una sonrisa. Era perfecta, era un sueño hecho realidad. Toda ella excitaba los sentidos y hacía fluir la adrenalina salvajemente.

La contempló con reverencia, fijándose en todas y cada una de sus magníficas líneas. Era una obra de arte: estilizada, bien hecha, de curvas y ángulos perfectos, e increíblemente tentadora. Se volvía loco por montarla y darle la carrera de su vida.

Con un hormigueo en el estómago, extendió la mano y la tocó con suavidad. Estaba esperándolo...

–Eh, Thorn, llevas por lo menos diez minutos mirando la moto y babeando. ¿No te parece que deberías tomarte un descanso?

La sonrisa desapareció del rostro de Thorn y, sin volverse para ver quién había hablado, respondió:

–La tienda está cerrada, Stone.

–Tú estás aquí, lo que significa que está abierta –dijo Stone Westmoreland acercándose a su hermano hasta colocarse delante de él.

Thorn estaba de pie delante de la motocicleta que había construido, su última creación, la Thorn-Byrd RX1860. Se habían extendido los rumores de que la Harley no podía compararse en diseño a la Thorn-Byrd RX1860 y la Honda no podía comparársele tampoco en velocidad. Stone no dudaba de la veracidad de ambas suposiciones; al fin y al cabo, se trataba de otra de las creaciones de Thorn. A su hermano le había llevado un año entero construir aquella motocicleta, cinco meses más de lo que solía tardar. Venían de todas partes del país a hacer pedidos a Thorn, dispuestos a pagar los altos precios de aquellas motocicletas. Todo el mundo sabía que Thorn no sólo se jugaba su reputación y su nombre con cada una de sus motos; también ponía en ellas su corazón.

–¿Por qué has cerrado tan pronto? –preguntó Stone, ignorando el fruncido ceño de su hermano.

Conocía a Thorn lo suficiente como para ignorar su mal humor.

–Porque quería estar tranquilo y relajado un rato. No sabes lo que me arrepiento de haberos dado a todos llaves de la tienda.

Stone sonrió traviesamente: sabía que Thorn se refería a sus otros tres hermanos y a él.

–Ha sido una de las mejores ideas que has tenido nunca. Cualquier día podríamos encontrarte enterrado bajo una pila de cromo y metal.

Thorn alzó los ojos al techo.

–¿No se te ha pasado por la cabeza que también podrías pillarme en la cama con una mujer?

–No.

–Pues cabe la posibilidad, te lo aseguro. La próxima vez, llama antes de entrar –dijo Thorn.

Como pasaba muchas horas en el garaje, su despacho tenía todas las comodidades de una casa, incluido un dormitorio con una cama. También tenía un pequeño gimnasio para mantenerse en forma.

–Trataré de recordarlo –contestó Stone riendo.

Su hermano tenía fama de ladrar y morder al mismo tiempo. Thorn podía ser difícil de tratar cuando se lo proponía. Tampoco se podía olvidar el incidente con Patrice Canady unos años atrás, a causa del cual Thorn se puso en contra del mundo entero por una mujer. Además, había que tener en cuenta la política de Thorn de excluir el sexo de su vida mientras se preparaba para una carrera; y como se había inscrito para participar en varias carreras aquel año, estaba de peor humor que de costumbre. Al igual que les ocurría a muchos atletas, Thorn creía que el sexo antes de una competición restaba energía al cuerpo y dificultaba la concentración.

No obstante, en opinión de Stone, lo que Thorn necesitaba era meterse en la cama con una mujer.

–¿A qué has venido, Stone? ¿No tienes que terminar un libro? –preguntó Thorn a su hermano.

A los treinta y tres años, Stone era un famoso autor de novelas de intriga que firmaba con el seudónimo de Rock Mason.

La pregunta de Thorn le recordó a Stone el motivo por el que había ido al taller de su hermano.

–No, acabo de terminarlo; se lo he enviado a mi

editor esta mañana. He venido para recordarte que tenemos una partida de cartas hoy a las siete y media.

–No se me había olvidado.

–Y para decirte que va a ser en otro sitio. Esta tarde no vamos a ir a casa de Dare, como teníamos pensado, debido a que se ha cancelado el viaje de AJ. Y como puedes suponer, no queremos que Storm se ponga a soltar maldiciones cuando empiece a perder y nuestro sobrino las añada a su vocabulario.

Thorn asintió.

–Sí, lo comprendo. En ese caso, ¿dónde va a ser hoy la partida?

–En casa de Tara.

Thorn, miró a su hermano y empequeñeció los ojos.

–¿Por qué demonios vamos a jugar a las cartas en casa de Tara?

Stone se esforzó por no sonreír. Sus hermanos y él habían aceptado la invitación de Tara a jugar a las cartas en su casa porque sabían que enfurecería a Thorn, conscientes de los esfuerzos de éste por evitarla.

–La razón por la que vamos a jugar en su casa es porque, como agradecimiento por haberle ayudado a hacer la mudanza, nos ha invitado.

–Yo no le he ayudado a hacer la mudanza.

–Porque el fin de semana pasado estabas en una carrera.

Thorn apoyó una cadera en la mesa y decidió no decirle a Stone que, aunque no hubiera estado ausente, no habría ayudado en la mudanza. Estar al lado de Tara era una tortura para él; además, no quería recordar la forma como la había besado en

la boda de Dare. Si sus hermanos se enterasen de que la había besado, jamás lo dejarían en paz.

Thorn respiró profundamente y miró a su hermano con dureza.

–¿Por qué no vamos a jugar a las cartas a tu casa?

–Porque la están pintando.

–¿Y a casa de Chase? –preguntó, refiriéndose al hermano que tenía un restaurante en el centro de la ciudad de Atlanta. Chase era el gemelo de Storm.

–La tiene muy desordenada.

–¿Y a la de Storm?

–Lo llaman demasiadas mujeres y no podríamos jugar en paz.

Thorn volvió a suspirar. A los treinta y dos años, Storm, el menor de los gemelos, era bombero de día y mujeriego de noche.

–En ese caso, ¿por qué no echamos la partida en mi casa?

Stone se echó a reír y sacudió la cabeza.

–Eso ni soñarlo. Tú nunca tienes comida en la nevera ni tampoco cervezas suficientes. Bueno, ¿vas a venir o qué?

Thorn frunció el ceño.

–Lo pensaré.

Stone sonrió para sí. Thorn jamás se perdía una partida si podía.

–De acuerdo. Si vienes, bien; y si no vienes, también. Le ganaré yo solo el dinero a Storm.

Thorn volvió a fruncir el ceño.

–¡Ni lo sueñes!

Stone sonrió.

–En ese caso, te veré en casa de Tara –dijo Stone con gesto desafiante.

Tanto si Thorn lo admitía como si no, sus hermanos sabían que Thorn no podía resistir un desafío, y el mayor desafío para él era una guapa mujer llamada Tara Matthews.

El localizador de Tara sonó.

–¿Sí, Susan?

–La señora Lori Chadwick ha venido a verla, doctora Matthews.

Tara arqueó las cejas, preguntándose por qué habría ido Lori Chadwick a su consulta. El marido de aquella mujer, el doctor Martin Chadwick, era el jefe del departamento de pediatría y un médico muy importante en el hospital. También era su jefe.

–Hazla pasar, por favor.

Tara sonrió cuando Lori Chadwick entró en la consulta. Como de costumbre, esa mujer, mayor que ella, tenía un aspecto excepcional. Por todos eran conocidos los esfuerzos de Lori Chadwick por recaudar fondos para el hospital y, a juzgar por la nueva sección para niños del hospital, se le daba muy bien.

–¿Qué tal, señora Chadwick? –dijo Tara ofreciéndole la mano.

–Querida doctora Matthews, es un placer volverla a ver.

–Gracias –con un gesto, Tara indicó la silla delante de su mesa de despacho–. Yo también me alegro de verla.

La última vez que había visto a Lori Chadwick fue unas semanas atrás durante una fiesta de recaudación de fondos. Había sido la primera fun-

ción a la que había asistido desde su traslado a Atlanta y su ingreso en el hospital universitario Emory.

Lori Chadwick sonrió.

–Ya sé que está muy ocupada, doctora Matthews; por lo tanto, iré directamente al grano. He venido para pedirle ayuda con respecto a una recaudación de fondos que estoy preparando.

Tara se sentó detrás de su escritorio y le devolvió la sonrisa a Lori Chadwick, halagada de que aquella mujer hubiera acudido a ella. Una de las primeras cosas que otros médicos del hospital le habían advertido era no ponerse a malas con Lori Chadwick. La señora Chadwick sentía auténtica pasión por lo que hacía y esperaba el mismo entusiasmo por parte de los demás.

–Estaré encantada de ayudarle. ¿Qué es lo que tiene pensado hacer exactamente?

–He pensado hacer un calendario que genere mucho interés, estoy segura de que se vendería bien. El dinero que se recaudara con la venta de los calendarios iría a Mundo Infantil.

Tara asintió. Mundo Infantil era una fundación que ofrecía la posibilidad de cumplir sueños para niños con enfermedades terminales; como, por ejemplo, hacer un viaje a cualquier parte del mundo. Los fondos de la fundación procedían de dinero recaudado en actos de caridad.

–¿Y tiene alguna idea sobre qué sería el calendario? –preguntó Tara, interesada en la propuesta de la señora Chadwick.

–Sí. Se va a tratar de un calendario con hombres guapos –respondió la mujer riendo–. No soy tan mayor como para no apreciar un buen físico.

Por supuesto, con gusto, nada grosero. Estoy segura de que se venderá como rosquillas. Pero quiero que los hombres que aparezcan en el calendario sean de profesiones variadas, al igual que de orígenes distintos. He conseguido que algunos se comprometan a aparecer en el calendario, pero todavía me quedan algunos y... es por eso por lo que he venido a verla. Hay un nombre que varias mujeres me han sugerido y, según tengo entendido, es amigo suyo.

Tara enarcó las cejas.

–¿Amigo mío?

–Sí.

–¿A quién se refiere?

–A Thorn Westmoreland, el piloto de motos. Según me han comentado, es muy guapo y le gusta la velocidad. Haría justicia al calendario.

Antes de que Tara pudiera recuperarse de la sorpresa y decirle a Lori Chadwick que Thorn no era su amigo en absoluto, la mujer le sonrió radiantemente y añadió:

–Cuento con usted, doctora Matthews, para convencer al señor Westmoreland de que acepte posar para el calendario. Sé que no nos va a defraudar, ni a mí ni a Mundo Infantil.

Aquel mismo día por la tarde, Tara alzó la cabeza al oír a alguien llamar a la puerta. Después de limpiarse restos de masa de las manos, miró el reloj del horno. Eran las siete pasadas, pero la partida no iba a empezar hasta las nueve. Cruzó el cuarto de estar y, al llegar a la puerta, miró por la mirilla.

¡Thorn!

Si no recordaba mal, Stone le había dicho que Thorn no iba a ir. De repente, el corazón empezó a latirle con fuerza.

Despacio, abrió la puerta. Al verlo con el casco de la moto en el brazo, las piernas le temblaron. Se quedó casi sin respiración al verlo adoptar la pose más sensual que había visto en un hombre. Era una postura que a cualquier mujer le chiflaría verla en un calendario; sobre todo, en la clase de calendario que Lori Chadwick se proponía hacer.

El calor de la intensa mirada de él se asentó en su estómago y el corazón le latió aún con más fuerza. Tara hizo un esfuerzo por no fijarse en los ajustados pantalones de Thorn, ni en la chaqueta de cuero, ni en el brillante que adornaba su oído. Pero eso sólo le dejaba el rostro, lo que era devastador. Thorn llevaba el pelo muy corto y tenía la piel marrón cobrizo, sus ojos parecían satín negro; la nariz era firme y los pómulos prominentes. Pero era la boca lo que capturó toda su atención...

Tara recordó aquella boca unida a la suya, su sabor. Era una boca llena, generosamente curva y sumamente excitante. De repente, pensó que jamás le había visto sonreír. En su presencia, Thorn siempre tenía el ceño fruncido.

Como ahora.

Incluso como la noche que la besó.

Tara suspiró, quería olvidar aquella noche, aunque sabía que no podría hacerlo nunca.

–Thorn, ¿qué estás haciendo aquí? –preguntó ella después de aclararse la garganta.

–¿No va a haber una partida de cartas aquí esta noche? –respondió Thorn con una voz sensual.